

21 de Septiembre  
Día Mundial del Alzheimer

# Los mayores cuentan

EDICIÓN 2018

21 recuerdos de «la primera vez»  
contados por fontaniegos



Excmo. Ayuntamiento de  
Fuentes de Andalucía

Edición y coordinación de contenidos:  
Ayuntamiento de Fuentes de Andalucía. Área de Bienestar Social  
Financia: Excmo. Ayuntamiento de Fuentes de Andalucía  
Imprime: Imprenta Bocanegra \_ Fuentes de Andalucía  
© de los textos e ilustraciones: Sus respectivos autores.

Todos los cuentos han sido escuchados y transcritos por  
Rosario Rodríguez (Terapeuta Ocupacional), Pedro Verdún (Psicólogo)  
y María José Cabrera (Enfermera).

Ilustración de portada por Pedro Verdún.  
Ilustraciones: Dolores Reyes Hinojosa, Josefa Tirado Miguélez y Encarna González Rodríguez.

*Fuentes de Andalucía (Sevilla, España), septiembre de 2018.*



Por tercer año, tienes en tus manos una recopilación de cuentos narrados por diferentes usuarios del Plan Local de Prevención y Atención de Personas en Situación de Dependencia (PLADe).

El objetivo de estas páginas es conmemorar el Día Mundial del Alzheimer que se celebra el 21 de septiembre. Desde el equipo de trabajadores de PLADe se trabaja con personas y familiares que padecen esta enfermedad y con otros usuarios que no la padecen y están en otras situaciones de dependencia.

La edición de este año gira en torno a las primeras experiencias que dejan unos recuerdos inolvidables. Nuestra intención es reconocer la ilusión con las que las personas de esta generación vivían las primeras experiencias y el valor que le daban. A su vez, queremos compartirlas porque pensamos que estas experiencias fueron vividas por muchos de sus vecinos y ahora, estos recuerdos pueden servir para estimular la memoria colectiva del pueblo. Además, lanzamos un guiño a las situaciones que derivan de la pérdida de

memoria a corto plazo en las que las personas con enfermedad de Alzheimer experimentan continuamente la sensación de la primera vez porque no recuerdan que ya lo han vivido antes.

Todos hemos unido fuerzas y buenas intenciones para dejar volar la imaginación y jugar con la memoria, recorriendo los recovecos de la realidad y la fantasía.

Deseamos que disfrutes estos cuentos tanto como nosotros hemos disfrutado al crearlos.

1

## MI PRIMERA CASA

*Rosario Cano Jiménez*



Hasta que no me casé con mi marido, yo nunca había salido de mi casa, ni había dormido fuera. Yo estaba acostumbrada a estar siempre con mi gente, en el campo o donde fuera, pero con mi familia. Por aquella época, las muchachas no podían ir de vacaciones por ahí con el novio, hasta que no te casabas.

Cuando llegó el momento de casarme, yo quería mucho a mi novio y tenía muchas ganas de vivir juntos. Yo tendría 20 años, si acaso.

Me fui a vivir con mi marido a un pequeño sobrado, que estaba en la casa de una amiga mía, en el Postigo. Pero mi padre quería que yo viviese en una casa, para no tener que subir escaleras y nos arrendó una casita en la calle Cerrojero, donde estuvimos un tiempo de alquiler. Se llamaba “dineros daos”, porque tú dabas un dinero, pero luego te lo devolvían al salirte, aunque mientras, si al hombre le hacía falta se apañaba, en aquellos entonces.

Pasó un tiempo, hasta que ya nos pudimos comprar un terreno, donde construir nuestra propia casa.

Nosotros hicimos la casa poquito a poco, primero una habitación, un salón y patio, el baño provisional. Cuando estaba pintando, me caí de la escalera, de esas de palo, me hice daño en el pie, me acordé de mi padre, porque él no quería que me montara en escaleras, ¡mira por dónde!

Así empezó nuestra vida, porque vinieron los niños y ya formamos una familia. Con el tiempo hicimos más habitaciones y ahora: ¡tengo una casa muy linda!



## MI PRIMER VESPINO

*María Osuna Adámez*



Yo trabajaba en Fuentes, limpiando, me llamaban y no decía a nada que no, porque tenía tres hijos y había que sacarlos “palante”.

Ya fuera Feria, Semana Santa, daba igual, allá que iba yo a trabajar.

Llevaba mis cosas, mis brochas, todas mis cosas para trabajar, iba andando a todos lados, lo pintaba todo, los caballetes, la cochera... de todo. Gateaba por cualquier sitio para blanquear y limpiarlo todo. Mi papá decía que yo era una gata gateando por los tejados.

Todo el día andando cargada y entonces... compré mi primer “vespino”. Era más viejo que yo y estaba roto, pero me lo arreglaron, lo llevé al taller y funcionaba estupendamente. Yo iba para arriba y para abajo, montada en mi vespino ¡más contenta que la mar!

En aquella época era raro ver a una mujer montada por donde yo me subía, también era muy raro verla montada en vespino, pero a mí me daba igual.

Mi mamá me decía que tuviera mucho cuidado, me fuera a caer del vespino, pero yo así aprovechaba mejor el tiempo, cogía mi vespino y “prrrrrrrrrrrrrrrrrrr” y allá que iba yo. Al principio llevaba mi gorra, luego ya me empecé a poner el casco.

Cuando salía de trabajar para ir a comer a mi casa iba como un rayo.

El vespino lo compré yo, lo cuidé mucho y ya cuando ya estaba muy viejo, compré otro, que tampoco era nuevo, pero a mí me parecía como un coche.

El vespino fue mi compañero de trabajo, sino, no hubiese podido trabajar dando tantas vueltas.

Mi padre decía que fui muy valiente con mi vespino y es verdad, lo fui.



## MI PRIMER TRABAJO

*Rafael Navarro Durán*



Tenía yo unos 6 años más o menos, cuando vivía en la calle Nueva, mis padres se iban a trabajar a coger aceitunas y yo me quedaba con mis dos hermanillos y guisaba la olla. Se puede decir que ese fue mi primer trabajo.

Pasó un tiempo, ya con 8 o 9 añillos, iba con mi padre a guardar cochinos al cortijo El Cerro. Dormíamos allí, entonces no había lo que hay hoy, ni moto, ni bicicleta.

En esa época, estaban construyendo “la tubería el petróleo” cerca de donde yo trabajaba con los cochinos.

Un día, una cochina se cayó a la gavia, no podía salir, entonces tuve que ir andando bordeando la gavia, ella por abajo y yo por arriba, hasta que llegamos donde estaba la maquinaria y allí la cochina pudo gatear y salir.

Tuve que andar mucho pero al final ¡lo conseguimos!



## LA PRIMERA VEZ EN EL EXTRANJERO

*Isabel Becerril Fernández*



La primera vez que salí de España fue para ir a Holanda, para allá fuimos en avión, tardaríamos por lo menos tres horas, porque Holanda está lejos.

Me quedaba en una casa que estaba cerca de la carretera y del mar, porque mi marido trabaja en los barcos y echaba unos 10 minutos en llegar a los barcos.

Fuimos para allá mi marido y yo, con nuestros dos hijos, también venía otro matrimonio de Cantillana, que el marido se dedicaba a lo mismo que el mío.

Estuvimos allí 7 meses, mi hijo el grande hizo allí la comunión. Siempre estaba nublado, pero no hacía mucho frío. Fue un poquillo duro, por el habla, era difícil hacer la compra por ejemplo.

A mi lado vivía un hombre buenísimo, le gustaba venir a comer con nosotros y hablaba un poquito español.

Fuimos a Amsterdam de viaje, había gente por la calle, algunos coches y bicicletas, me gustó, y también los canales por la calle corriendo el agua, me llamó la atención mucho.

Mi madre me escribió una carta, para que volviese, y a mí no me importó volver, porque echaba de menos esto y la familia.



## LA PRIMERA VEZ QUE SE LLENÓ MI RESTAURANTE

*Lolita Muñoz Caballero*



Hace 30 o 35 años, estaba a punto de abrir nuestro bar-restaurante “En la esquinita te espero”, en la avenida Juan XXIII de Sevilla.

Yo era la cocinera y mi marido Luis, era el que preparaba todo lo demás.

Al principio cuando tenía que hacer las tortillas a la plancha, de un huevo, con una espátula para darle la vuelta... ¡yo no sabía! Echaba el huevo en un vaso y lo batía, le echaba espárragos o gambas o jamón y no veas ¡lo grande que salía de un huevo! Una gamba en una esquina, la otra en la otra esquina y la otra en el medio. Era muy barato. Aquello se llenó hasta las tres de la mañana.

Y así, por suerte, fueron todos los días. Vendía un saco de caracoles cada día y lomo con tomate, vino gente hasta de Jerez y me hacían fotos. La plancha era enorme.

Acabábamos de trabajar tan cansados que subíamos las escaleras a gatas.

Con el tiempo tuve que contratar a una ayudante. Por aquellos entonces no había lavavajillas en los bares.

Mi marido, encargó un muñeco grande para ponerlo en la puerta del restaurante. Dio la casualidad que se parecía al vecino de arriba y ¡nos denunció! ¡Vaya casualidad! ¡Lo que yo me reí...! Menos mal que ganamos nosotros y no tuvimos que quitarlo.

Estuvimos abiertos unos 15 años, fue una época de mi vida muy bonita y alegre.



6

## LA PRIMERA VEZ QUE ME VESTÍ DE MÁSCARA

*Dolores Reyes Hinojosa*



Tenía 15 años, había ido muchas veces al carnaval, pero nunca me había vestido de máscara, siempre iba detrás de las murgas. Se me metió en la cabeza vestirme de máscara... cogí un pantalón blanco y me prestaron una chaqueta de general, con su gorra. Mis amigas iban vestidas también cada una de un color, de una manera y como yo iba de general era la que mandaba. ¡Lo pasamos muy bien!

Cuando una se viste de máscara lo pasa estupendamente. Tanto que... al día siguiente repetí y me coloqué un gorrito y una falda de plumas, como una bailarina.



## MI PRIMERA AVENTURA

*Josefa Caro Aguilar*



Antes de yo casarme...sería a finales de los años 50, en Fuentes de Andalucía el carnaval estaba medio prohibido, era como para asustar, no era una prohibición muy fuerte, pero no querían que la gente fuera por la calle con la cara tapada...aunque todo el mundo para vestirse de máscara se la tapaba y salía así.

Venían los municipales y la gente salía corriendo y se metía donde pillaba, en las casas. La Carrera se quedaba vacía pero luego... se volvía a llenar.

Una vez, yo iba con mi prima Antoñita, las dos de máscara, con las colchas y ¡claro está...! con la cara tapada. También llevábamos una almohada amarrada en la cintura y un cojín en el pecho. Estábamos las dos por la Carrera y nos enteramos de que por la calle Las Flores arriba venían los municipales. Salimos corriendo y fuimos calle Convento abajo en busca de la casa de nuestra abuela, entramos y nos metimos en la primera habitación que tenía la casa, sin hacer ruido cerramos la puerta.

Nos escondimos cada una debajo de una cama, pero nos quedamos a medias, porque con el culo tan gordo que llevábamos allí no se cabía. No nos podíamos mover. Estábamos encasquetadas y “asustaitas”.

En ese momento, escuchamos llamar en la puerta de la calle, mi abuela salió. Eran los municipales.

- ¿Qué pasa aquí?- dijo mi abuela.

- Señora, aquí han entrado dos máscaras- dijeron ellos.

- ¡¡¡¿Aquí?!!! ¡Qué yo no me puedo entretener, hombre! ¡Qué estoy haciendo queso y se me va a estropear! ¡Mira que “joíos por culo”! ¡Tanto cachondeo de carnaval! A mí no me entretengáis- les gritó mi abuela indignada.



- Señora, las hemos visto entrar- le replicaron.

- Pues habrá sido en la casa de arriba. Irse de aquí que yo no estoy para cachondeo- les insistió ella.

Sin saberlo, mi abuela nos había librado de una buena.

Cuando sentimos que ya se habían ido, poco a poco fuimos saliendo, ya íbamos riéndonos... le dimos un susto a mi abuela, que no nos reconoció. Ella no se lo podía creer, ¡lo qué le había dicho a los municipales! ¡Los había engañado sin querer!

Estuvimos allí un ratito con ella y después volvimos a casa por el ruedo de la Alameda.

Nos reímos mucho, lo pasamos muy bien. Mi marido, que por aquel entonces era mi novio, no tuvo tanta suerte, lo encarcelaron durante 5 o 6 horas, por vestirse de máscara con sus amigos con la cara tapada.



8

## LA PRIMERA VEZ QUE VI UNA TELEVISIÓN

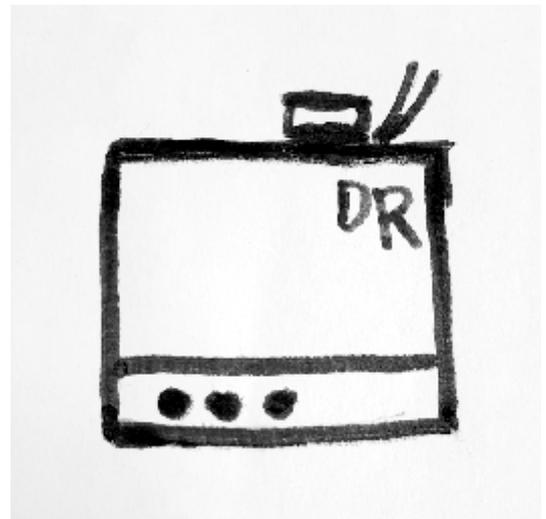
*Manuela Gómez*



La primera vez que vi una televisión, fue sobre los años 60, estando de novios, se empezó a decir que en Fuentes había en algunos bares una cosa nueva, decían que era como una caja cuadrada pero que se veían cosas, como películas, corridas de toros y muchas más cosas.

Mi marido ya había ido varias veces a ver los toros, yo quería que me llevara a ver eso que hablaba igual que una persona, pero él no quería, porque iban hombres nada más... yo sabía que mis amigas habían ido y que vieron los toros y también películas con bailes de máscaras. Mi novio me

llevó, pero no entramos, en la puerta nos volvimos y no fui más hasta el año 63, que nos casamos y nos ha ido muy bien.



## MI PRIMERA FUMAITA

*Matilde Tirado Urbán*



Cuando era muchacha, con unos 8 años, nos contaron que el humo del tren era bueno para los resfriados.

Como yo siempre estaba resfriada fui con unas pocas de muchachas al puente de La Lagunilla a tomar el humo del tren.

Nos poníamos en un lado del puente con la boca abierta tomando el humo, luego de un lado nos pasábamos al otro.

Por aquel entonces había allí una montaña y el tren pasaba por debajo.

Íbamos allí a jugar a la montaña a resbalar.

El domingo de resurrección íbamos a la montaña con los borreguitos que estaban allí, que eran preciosos.



## LA PRIMERA VEZ QUE VI LA NIEVE

*Natividad Tirado Urbán*



La primera vez que yo vi la nieve fue en Fuentes de Andalucía. Yo quizás estaría ya casada...

Nos salimos a la calle mi marido y yo. El no quería esperar ni que yo me pusiera las zapatillas con la prisa que tenía por salir a la calle.

Nos salimos.

La calle estaba llena de gente viendo caer la nieve. No lo recuerdo muy bien pero hicimos una bola

con la nieve, la rodábamos y la bola iba creciendo.

Fue un día muy bueno.



11

## LA PRIMERA VEZ QUE HABLÉ POR TELÉFONO

*Manola Crespillo Miranda*



Tenía yo unos 7 años, era Pascua y fuimos a Sevilla, iba con mi padre y mi madre.

Vimos los Reyes y nos llamó muchísimo la atención. Todo nos llamaba muchísimo la atención.

Nos quedamos en la casa de unos amigos de mi padre y allí ¡tenían un teléfono! Una cosa que me dejó sorprendida. Me dejaron hablar, pero yo no sabía ni con quién. Yo pegaba muchas voces porque no la veía y gritaba. Luego me dijeron que era su hermana Clara, que no la vi

ni la conocí nunca. No recuerdo de qué hablé con ella, solo que yo daba más voces que una loca.

Cuando volví a Fuentes no se lo conté a nadie porque me daba vergüenza y lo estoy contando ahora, que no me da vergüenza ya ¡de “na”!



## MI PRIMERA DUCHA

*Paco Barcia Caro*



Estas líneas que voy a escribir, todos los de mi generación la saben de memoria, por eso me dirijo a la juventud, que gracias a Dios, no la han conocido. Os voy a dar el título: “La primera vez que me duché”.

Voy a contarles como eran los tiempos cuando yo era joven:

Nací el año 1938, en plena Guerra Civil. Cuando tuve uso de razón o recuerdo, fue sobre 1945, los años de más calamidades de toda la historia.

Empiezo por la educación, muchos no pisamos un colegio, ni los domingos. Un gran porcentaje de mi generación firman con el dedo. Yo tuve la suerte de que mi padre sabía muy bien y yo que tenía mucha ilusión por aprender. Él me enseñó mucho. Luego de mayor por la noche iba a un colegio particular que me costaba 50 céntimos de peseta y me saqué el certificado de estudios primarios en el año 1958.

En aquellos años no éramos más torpes que ahora, es que solo nos enseñaron a trabajar desde muy pequeños, que era lo que había en aquellos tiempos. Yo digo, y creo que tengo razón, que nos habremos desperdiciados muy buenos talentos de aquellos tiempos, o sea, somos diamantes sin pulir o en bruto.

Si os hablo de higiene, nos lavábamos menos que un gato sin lengua. No es que fuéramos más guarros, lo que pasaba es que los cuartos de baño no existían, nos lavábamos en una palangana o donde se podía. Se decía que el hombre tenía que oler a tabaco y a sudor, si no se decía que “era mariquita”. El agua había que traerla de unas fuentes públicas que había unas 3 o 4 en todo el pueblo o de alguno de los pozos que tenían los vecinos. En mi casa había

un pequeño retrete en el corral porque teníamos un pozo ciego.

Cuando estuve en la mili descubrí lo bueno que era darse una ducha. Mi destino era en los talleres y me hice de una flor de regadera y una llave de paso. Cuando me licencié se la acoplé a un bidón de 25 litros, le quité una teja al retrete y lo puse encima. Por la mañana lo llenaba de agua de un pozo y por la tarde estaba calentita para ducharse. Venían de medio pueblo a ver la ducha que yo había montado.



## MI PRIMER VIAJE LARGO

*Josefa Tirado Miguélez*

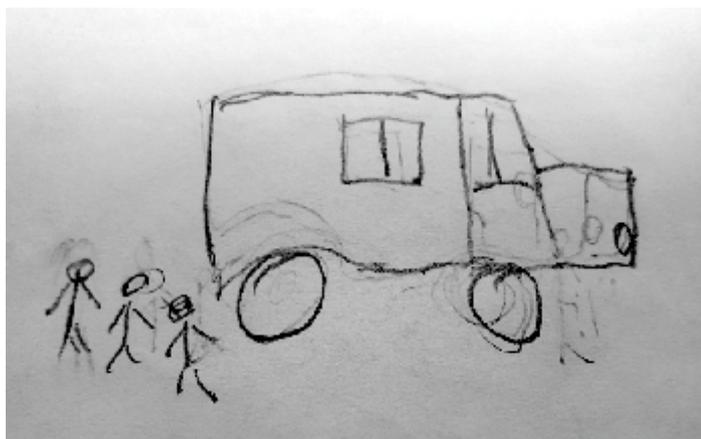


Fue un 10 de febrero del año 1969. Recuerdo que nos fuimos toda la familia que, por aquel entonces, estaba compuesta de cuatro niños pequeños entre uno y seis años, mi marido y yo. El vehículo era una furgoneta grande donde metimos todo lo que cabía, dejando atrás lo poco que teníamos. Cuando llegamos a Alicante, después de catorce horas de camino, nos quedamos muy desanimados.

Después, con el tiempo, fuimos haciendo parroquia. Me acuerdo que mis vecinas se metían conmigo por mi habla andaluza –«los andaluces con la lengua de trapo», decían- y yo me enfadaba con ellas porque no entendía sus palabras. Por ejemplo, ellas hablaban del “aljibe” y yo no sabía lo que era aquello. Hasta que un día dije «este cachondeo se va a acabar». Entonces hablamos y nos explicamos lo que significaban las palabras que no entendíamos de cada una. Ahí fue cuando supe que un “aljibe” era lo que yo conocía como una “pila”. A partir de ese día no solo empezamos a entendernos, si no a llevarnos mejor.

A pesar de ello, teníamos la añoranza de volver y así pasaron diez años con momentos duros y con momentos buenos que ahora recuerdo con mucho cariño.

Y si dura fue la ida, la vuelta fue otra odisea pero llegamos con la satisfacción de volver a estar en Fuentes, nuestro pueblo.



14

## LA PRIMERA VEZ QUE ME FUI A ESTUDIAR A CÓRDOBA

*Amalia Malagón Camacho*



Yo vivía en Luque y estudié allí hasta que hice el ingreso para irme a Córdoba. Me acuerdo mucho de mi maestro que se llamaba Rafael Capeli. Me acuerdo hasta del nombre de su señora, doña Matilde, y de sus hijas, Manola y Matilde. Era muy bajito y muy amable pero yo no era muy buena estudiante. Hacía muchas rabonas y me escapaba de clase cada vez que podía. Aunque por otra parte, es verdad que aprendía pronto.

Fui a Córdoba a hacer los estudios de matrona. Elegí esos estudios porque en aquel tiempo las matronas tenían mucho éxito y mucho prestigio. Mi madre tenía una hermana que vivía en Córdoba y me fui a vivir con ella. Cuando iba al instituto algunas veces iba en autobús, otras veces iba andando y otras, ni siquiera llegaba porque me perdía por el camino. Seguía con mi costumbre de hacer rabonas. Entonces, de esa manera, yo no podía terminar nunca los estudios y mi madre me dijo «¡Venga, para el pueblo otra vez!»

Total, que no hice los estudios pero sí muchas amistades.

## LA PRIMERA VEZ QUE FUI A LA PLAYA

*Pastora Muñoz Urbán*



La primera vez que fui a la playa, fui a Rota montada en un autobús. Íbamos solo la gente del campo. De Ventas Nuevas, Fuente del Cabo, La Pulgosa y Travieso. Era una excursión que organizaba la central lechera de Sevilla para los vaqueros. Iba con mi marido y mis dos niños que tenía entonces. Me acuerdo que llevaba una cesta de pleita y una tortilla que me levanté de madrugada para hacerla. Ni toallas, ni sombrilla, ni cremas para el sol. Todas esas cosas no existían y si existían no habían llegado a la Fuente del Cabo.

Al llegar a la playa y ver tanta arena junta y tanta agua me asusté y me “engurruñí”. Cuando se me pasó un poco el susto me dijeron mi amiga Sacramento y Manola de Basilio que me metiera en el agua. «¡Venga no tengas miedo, que ahí se meten las valientes y tú eres muy valiente!». Entonces, dijimos: «vamos a hacer la cunita. Nos cogemos las tres de las manos y cuando venga una olita saltamos juntas». Y allí las tres cogidas de la mano muy contentas hasta que vino una pedazo de ola y nos revolcó a las tres. No sabíamos si echarnos las manos al vestido para que no se nos vieran las piernas o a la cara para no ahogarnos. Y allí estuvimos un rato con la cabeza debajo del agua.

Luego, cuando veníamos de vuelta en el autobús, todo el mundo venía con el cachondeo de la ola y lo que nos había pasado. Una vez en Fuentes, nos dijimos todos muy contentos que el año que viene repetíamos, pero yo ya no fui más a la playa hasta muchos años después.



## LA PRIMERA VEZ QUE CONDUJE UN COCHE

Rafael Villalba García



Me acuerdo que tenía 20 años. Vino una autoescuela a La Luisiana alrededor del cuarenta y tantos. Los profesores iban a la Taberna de Eloy. Me apunté al teórico y nos dieron un libro a cada uno con las señales, las preguntas y los test que teníamos que estudiar para el examen. Valía 7.000 pesetas apuntarse a la autoescuela.

El día del examen fuimos a Écija en el coche de la autoescuela. Allí había como cuarenta o cincuenta personas. Me puse un poquillo nervioso. Ya haciendo el examen había uno a mi lado preguntándome todo el rato cosas por lo bajini. Yo le dije que se callara porque el examinador dijo que a los que viera hablando, los echaba a la calle.

Y como dijo que no se podía hablar, yo no dije ni que ya había terminado. Estaba allí con la cabeza agachada hasta que me dice

- ¿Tú a qué esperas?
- ¿Yo? Para entregar esto.
- Pues trae para acá.

Y aprobé.

Después, hice como diez o doce prácticas por La Luisiana y los alrededores. El examen fue en Écija. La primera vez suspendí. Recuerdo que el examinador me hizo una pregunta. Me dijo:

- Párate ahí

Y yo me paré. Luego me dice:

- ¿Por qué te has parado?
- Porque usted me lo ha dicho.

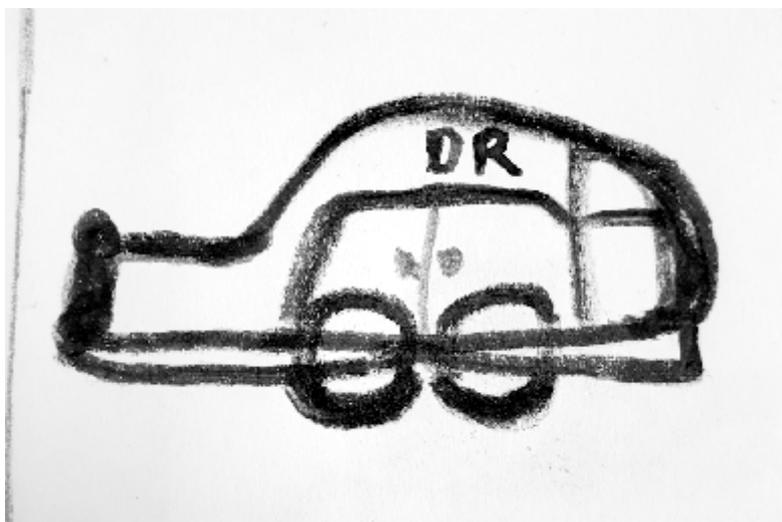


- ¿Pero no ves que hay una señal, que no se puede? Te lo diga yo o te lo diga quien sea, si no se puede, no se puede.

Entonces, ya la segunda vez, sí aprobé.

Luego, el primer coche que tuve fue un “vespa-carro”. Tenía tres ruedas, estaba techado y se entraba por la parte de atrás. Era como una furgoneta pero con manillar, no tenía volante. Se lo compré a un panadero por 24.000 pesetas. Después de la mili me compré un Renault 4.

Más tarde fui taxista. Me tuve que sacar el primera, ahora creo que vale con el segunda. Trabajé treinta años como taxista y habré hecho un millón y pico de kilómetros. Me he recorrido España entera hasta que me jubilé. Me gustaba mucho mi trabajo, era capaz de estar 24 horas con el coche y parar solo para tomar un café. Era muy duro. Una vez, uno que iba detrás me tuvo que decir «¡¿Pero tú no paras?! ¡Qué me estoy meando!». Luego llegaba a mi casa y no podía dormir de lo nervioso que estaba.



## LA PRIMERA VEZ QUE ME BAÑÉ EN EL RÍO GENIL

*Basilio Conde Hidalgo*



También fue la primera vez que fui a Écija. Antes ya me había metido en El Barrancón con mi amigo Rubio Plaza. Aquella vez tragamos mucha agua y nos costó mucho trabajo salir. Me entraron unas fiebres tifoideas que cuando salí de las calenturas me tuvieron que enseñar a andar.

Después, con doce años, fui a Écija en carro a llevar bestias para el mercado. Por cierto, no vendí ninguna. Una vez, en el mercado, llegó la hora de que bebieran las bestias. Me fui con ellas al río a darles agua. Cuando bebieron, las amarré por allí. Y me dije: «ahora me voy a bañar yo. Este río me lo cruzo». Vi tanta agua que me entraron muchas ganas de bañarme.

Como no había nadie (bueno, un tío con un caballo blanco allí lejos) me quedé en cueros y me metí en el río como mi madre me trajo al mundo. Me costó mucho llegar a la otra orilla y estaba muy cansado. Tanto que pensé en volverme por el puente pero me di cuenta de que iba sin ropa. Así que tuve que volver otra vez nadando. Lo hice como pude: sin respirar y nadando a perrito y carleando. Hubo un momento que pensé «mira, si me ahogo, que me ahogue». Morirme ahogado o morirme de vergüenza.

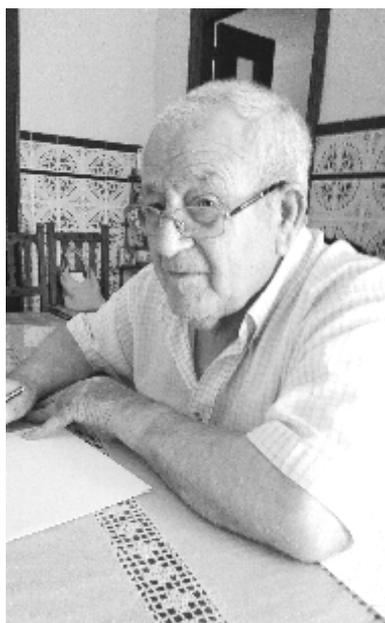
Pero no me ahogué porque si no, no estoy ahora contando esto.



18

## LA PRIMERA VEZ QUE ME SUBÍ EN UN AVIÓN

*Francisco Barrera Estepa*



Fue en el año 57 e íbamos a ir a trabajar en la Philips en Eindhoven, Holanda. Salimos de Fuentes el uno de enero de 1957. Fuimos a Madrid en tren y cogimos el avión hasta Amsterdam. Cuando vi el avión de cerca no me imaginaba que aquello se quedara en el aire. Miraba por la ventana y veía las hazas del campo muy chiquititas. No tenía miedo pero me impresionaba.

Al aterrizar, cogió el avión una racha de aire o algo que empezó aquello de dar “cambayás”. Al final, el piloto se pudo hacer con la situación. Hasta ese momento todos íbamos muy callados y muy serios pero en cuanto nos vimos seguros le dimos un aplauso al piloto que parecía que era artista.

Cuando llegué a Holanda dije: «¿Y esto es Holanda? Esto es igual que España». Yo me esperaba otra cosa.



## LA PRIMERA VEZ QUE TOMÉ ALGO FRESQUITO

*Encarna González Rodríguez*



Tenía 19 años, hacía poco que me había puesto en relaciones con el que fue mi marido 50 años, Cristóbal “el barbero”.

Un domingo al salir de misa de 11, él me estaba esperando en la puerta de la iglesia, me dijo: “vamos a un bar”. Fuimos al bar de Faustino, casado con Angelita “la cabecilla”. El bar estaba en la esquina de la calle Pozo Santo y la Plaza Abajo. Me pidió un vermut con un trozo de hielo. Me lo tomé rápido. Dijo: “Tráele otro”. Cuando me lo tomé no podía levantarme, estaba mareada. Tuvo que llevarme del brazo a casa, aunque estaba mal visto que los novios se cogieran de la mano, pero tuvo que hacerlo.

Cinco años más tarde nos casamos y descubrimos que poniendo en un saco los tomates, pimientos y la botella de vino, amarrado con una cuerda sumergida en el pozo, a la hora de comer el picadillo y el vino estaban frescos.

Un día dijo mi madre: “Te voy a comprar una nevera”. La palabra frigorífico casi no se sabía pronunciar, se decía nevera.

Tiempo después, estando tomando un vaso de casera fresca, se me vinieron al pensamiento recuerdos preciosos, entre ellos aquel vermut tan exquisito, esa primera vez que tomé algo fresquito.



## MI PRIMERA VEZ EN FUENTES DE ANDALUCÍA

*María Fernanda Rubio Lamas*



Fuentes fue mi primer destino definitivo (consorte), ya que a Paco, mi marido, también le dieron primer destino definitivo.

Tomé posesión en el Ayuntamiento, siendo alcalde don Sebastián Martín, en el curso de 1978 a 1979.

El primer colegio en el que estuve, fue C.N. Santa Teresa de Jesús.

Recuerdo a todos los compañeros que nos incorporamos en Septiembre de 1978: Moisés, Amalia, Rafael Garzón, Rafael Merino, Rafi y su cuñada

Mariló (que era de Lantejuela), ambas eran hermana y esposa de Curro. Algunos faltan ya, como Pablo Molina.

Amalia y yo cogimos preescolar de cuatro y cinco años. Era la primera vez que se impartía en Fuentes.

Fue toda una odisea ya que el material que mandaron en un principio fue: una alfombra, seis cubiletes de esponja como asientos, seis mesitas trapezoidales y doce sillitas. El resto, ¿se había perdido? En cursos posteriores mandaron estanterías y diversos juegos. Al final tuvimos que meter armarios y bancos viejos, para poder recoger y ordenar lo que íbamos “fabricando” con cartulinas y papel charol. Nos la ingeniábamos como podíamos, con botes, telas, botones,... Pintábamos los botes de cola-cajo y latas de leche, para recoger los lápices de cera, las gomas, etc. Diferenciando con colores y figuras a cada equipo.

Los carteles, los hacíamos con cartulinas de restos de camisas de la tienda de “Paco el barato”.



Nada de plastificar, como hoy. Las actuales parvulistas saben de todo lo que se necesita.

La acogida de los padres fue maravillosa. Unas personas muy acogedoras y familiares.

Tengo muy buen recuerdo de todos los alumnos que allí tuve. Me da mucha alegría cuando los veo o pregunto por ellos a sus abuelas, madres o familiares.

Amalia y yo trabajamos con mucha colaboración y entusiasmo. Quedamos muy satisfechas con los resultados. Vimos muchos avances. Entonces teníamos cuarenta alumnos.

Al fin de curso, hicimos una actuación, que aun recuerdo de indios y una canción que adaptamos:

*“En casa de la Makiski, ortan chiviri manú.  
Maka fuchi fucacachi, fucacachi mara macauca.  
Somos los indios salvajes,  
venimos con nuestras flechas a coger a nuestros enemigos”.*

Al curso siguiente 1979-1980 pedí el traslado al C.N. Santo Tomás de Aquino, al crearse “el edificio nuevo” junto a las casas de los maestros donde yo vivía.

Por fin, llego también preescolar. Lo cogimos Setefilla Pedrera Villalba y yo. Joaquina Narváez se fue a primero. El resto de los edificios lo han echado abajo. Ahora todo está cambiado, hasta la casa donde yo vivía, que la han hecho de nuevo.

El director era don Juan Ruiz Fernández. Que llegó a ser mi vecino, ya fallecido. Pero que ya tiene una calle con su nombre.

Después de varios cursos en preescolar, continué con 1º, 2º, 3º, 4º y 5º. Yo pasé de “la feria”, hoy actual ambulatorio al edificio “nuevo” que también nos costó mucho conseguirlo y mejorarlo. Plantamos nuestros árboles en la feria y después en el actual Santo Tomas. Hoy en día un autentico vergel con jardines, arboleda y hasta huerto. Ahora, se han unido las clases de preescolar.

Allí, me jubilé (anticipada) a los 60 años.

## LA PRIMERA VEZ QUE FUI A LA FERIA DE SEVILLA

Agustina Rodríguez Flores



Un día de Navidad, cuando estábamos todas las amigas reunidas en casa de una vecina bajo las enaguillas de la estufa, y entre remover el brasero de cisco con la paleta y risas y chascarrillos, se nos ocurre decir que nunca habíamos ido a la feria de Sevilla, y que este sería un buen año para que fuera el primero. Éramos mayores, la mayoría teníamos novios, pero decidimos que iríamos las muchachas solas. La idea fue acogida con entusiasmo por todas las que estábamos allí. Hasta una vecina casada y con hijos se animó a venir con nosotras porque decía que tenía que comprarle a la niña el traje de la Primera Co-

munió. Todas aceptamos encantadas, pues ella, como era mayor y casada, sería la señora de respeto que vendría con nosotras para que ninguno de nuestros padres ni novios se opusieran a esta maravillosa idea. El plan iba saliendo estupendamente, pero... alguien dijo que para ir a la feria se necesitaba mucho dinero. El proyecto se venía abajo, pues estábamos en plena posguerra y el dinero escaseaba.

A una de nosotras se nos ocurrió reunir poco a poco el dinero que hacía falta. Pensamos que en casi todas las casas había gallinas y todos los días cada una de nosotras llevaría dos huevos, cuando se reunieran una o dos docenas se venderían y así se conseguiría tener el dinero suficiente.

Así se hizo, poco a poco se fue reuniendo el dinero con los dos huevos diarios hasta que llegó el gran día.

Nos fuimos en el autobús a las siete de la mañana con pensamiento de volvernos a las dos de la madrugada. Estuvimos toda la mañana viendo trajes de Primera Comunió y no nos dio tiempo de irnos a la feria. Al fin compró el

vestido para su niña y ya nos dispusimos a irnos para la feria. Estábamos impacientes y contentas, pero en ese momento empezó a llover y nos cayó una tormenta grandísima. Estuvo toda la tarde lloviendo, y como en ese tiempo no había previsiones meteorológicas, no llevábamos ni paraguas ni nada. Nos pusimos hecha una sopa. Así que decidimos montarnos en un autobús y nos fuimos al cine Bécquer, que estaba por la Cruz Roja. Allí nos quedamos viendo la película “El derecho de nacer”.

Cuando acabó la película todavía seguía lloviendo y decidimos venirnos a Fuentes en el autobús de las siete de la tarde. Así que no vimos nada de la feria.

Pero bueno, nos lo habíamos pasado estupendamente planeando la salida a Sevilla con las amigas, y nadie nos pudo quitar la ilusión de esos meses que habíamos estado juntando el dinero para nuestra gran aventura.

He ido otras veces a la feria de Sevilla, pero con la ilusión que lo preparamos la primera vez, debo confesar, que no era la misma.



— fin —



Este ha sido nuestro particular homenaje a las personas que tienen Alzheimer. Nos gustaría que los lectores entendieran que la perfección no es lo importante. Lo que realmente cuenta es la ilusión, las ganas de aprender todos los días y de aportar algo positivo a la sociedad, cada uno en la medida de sus posibilidades.

Aprovechamos la oportunidad que el equipo de *PLADe* se ubica en el Centro de Servicios Sociales Comunitarios “La Huerta”, donde estaremos encantados de recibirte para cualquier consulta.

***“La nostalgia, como siempre, había borrado los malos recuerdos y magnificado los buenos”***

**Gabriel García Márquez en *Vivir para contarla*.**